

consagrado a la cooperación técnica en Europa, Estados Unidos y América Latina.

Otorgamiento de establecimientos fiscales y de amortización para la puesta en marcha a nuevos proyectos.

Disponer de suficientes medios de acción, en especial financieros.

Orientación de la cooperación técnica en el plano geográfico y funcional.

Proporcionar informaciones sobre las necesidades de cada país y de América Latina y sobre la cooperación de América Latina, de Europa y de Estados Unidos.

Crear centros de formación con gente especializada y establecer contactos con los centros de formación técnica de América y de Europa.

Los empresarios cristianos tienen que integrar la visión cristiana de la empresa con todos los valores de la persona humana y dando al capital la función del bien común que tiene que cumplir. Ellos son los que tienen que dar a las industrias del pueblo la dimensión técnica, económica y financiera que necesitan para surgir.

Los empresarios cristianos tienen que hacer la donación de algo que les cuesta: tienen que dar las experiencias de su vida empresarial, el prestigio y las influencias que rodean a todo este sector, que rodean a toda su organización de empresarios.

Los empresarios cristianos tienen que ser los agentes de la integración, y sus valores tienen que entrar dentro de las estructuras obreras que surgen, para poder formar una concentración de todos esos valores, de todas esas fuerzas.

Esta estructura tiene que tener características típicas; primero, tiene que ser una estructura trascendente, que llegue a las causas que producen todos esos males, que no se detengan en solucionar los efectos.

Tiene que ser una estructura doctrinal, es decir, no confesional; cristiana, pero que todos los que la necesitan la acepten.

Tiene que ser una respuesta económica a un problema que es también económico.

Tiene que ser tecnológica, con la adaptación de todos los medios conducentes al desenvolvimiento de las estructuras económicas populares.

Tiene que ser cultural y social y realizada en el plano nacional para llegar a que esta integración sea a corto plazo, entendida en el plano latinoamericano.

Las consecuencias de una integración nacional van a empezar a notarse pronto. Una fuerza nueva, inmensa, insospechada, cristiana, que ya comienza a aparecer. Son las avanzadas de todo un pueblo que viene.

GUAYANA DE AYER Y DE HOY

REFLEXIONES EN TORNO A "CANAIMA"

1) Argumento de la novela:

Marcos Vargas, guayanés formado en Trinidad, es un joven robusto plétórico de cualidades. Vuelto de Trinidad, se instala en Uputa. El caudillismo, venalidad de los jefes civiles, la barbarie y el espíritu de venganza campean en la región. La naturaleza bravía de Vargas acepta el "reto" de estas dificultades, más por "hombría" que por civismo. Tiene un encuentro con Juan Solito, vagabundo errante de la selva, quien le influye subconscientemente para que se deje de planes civilizadores y se adentre en la selva para escudriñar sus misterios. En el conocimiento de la selva reside la verdadera felicidad y fortuna. Vargas siente el hechizo de esta vida instintiva y surge una lucha entre el Marcos Vargas civilizador y el Vargas "macho" que se alimenta de instintos. Vence la selva y Vargas se precipita en la terrible y fascinante selva de Guayana, rebosante de riquezas, misterios y Dorados. El presunto civilizador se reduce a escombros. Corren rumores de que Vargas se ha hecho parte viva de la selva, con quien se identificó. Sólo se sabe que un hijo de Vargas, fruto de la unión con la india Aymara, llega un día a Ciudad Bolívar y pide la reintegración a la civilización. Este hijo de Vargas y la india parece simbolizar la nueva y joven Venezuela.

2) La Guayana anterior a "Canaima":

"Guayana frustrada. La que todavía no ha sido y la que ya no es. La de los caudalosos ríos desiertos por cuyas aguas sólo navegan las sombras de las nubes, la de las inmensas energías baldías de los fragorosos saltos desaprovechados, y la de los pueblos tristes, ruinosos, sin tránsito por el día ni luz por la noche, donde el guayanés suspira y dice al forastero: —¡Esto fue!"

Guayana de los aventureros, la de los caciques, la del presidiario huído y del cauchero. Así la contempló en su pupila diáfana la pluma de Rómulo Gallegos, y como la vio nos la noveló a nosotros en "Canaima, sombría divinidad de los guaicas y maquiritares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males". Guayana, para los venezolanos, fue siempre una fábula; una región que se confundía con los sueños de El Dorado en las imaginaciones de los conquistadores. Sin embargo, el P. Gumilla, S. J., el trovador del Orinoco y las "vagas" de Guayana, aseguraba que si se poblaran estas regiones, los españoles no preferirían ir a Nueva España o Perú, porque la Guayana les brindaría oportunidad de fundar otro virreinato tan próspero como aquéllos.

Después, los "frailles capuchinos", con una visión práctica y sensata, descubrieron El Dorado en las mullidas dehesas de los potreros guayanese. Bien lo sabían ellos y por eso alargaron las espaldas limítrofes de Venezuela hasta la margen del Esquibo; allí ellos trazaron la frontera. Pero después de la matanza de los capuchinos en Carhuachi, la Guayana vuelve a sumergirse en el mito telúrico del misterio. Guayana y El Dorado se identifican y aparecen como un secreto enigmático que en sus saltos restrega el Caroní. El mundo de la selva, de la entraña guayanesa, se convierte en "secretos" y sólo la pericia de "Juan Solito" podrá descifrarlos. Desde entonces, Guayana, "la de los inmensos ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarla, aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta... la de inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborigen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país", será de los aventureros. Allí los caucheros hacen a mordiscos su fortuna, que poco después arriesgan en el juego. Allí los presos escapados se ciñen la corona del cacique y del matón. Magnífica baza para el aventurero.

3) La Guayana de Rómulo Gallegos:

Rómulo Gallegos atisbó el océano del tiempo y vio en las riberas del Orinoco y Caroní el porvenir dinámico de Venezuela: "aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta por donde debieran ser ya los caminos bien trazados". El fue el primero en vislumbrar después de cien años de letargo que el dedo de Dios se posaba allí augurando una "tierra de promisión". El se atrevió a descorrer el telón de la selva para pintarnos en acción la vida dramática de unos hombres venezolanos sobre un terruño también venezolano: hermanos nuestros a quienes habíamos olvidado. Gracias a Rómulo Gallegos, hemos conocido mejor a nuestra tierra y podemos decir, con Guillermo Morón, que la Guayana "es también una tierra donde un puñado de hombres hacen vida, hacen cultura, creen y dejan crear".

En "Canaima", de Rómulo Gallegos, cabalga un mensaje caliente. Bajo la moldura selvática late una tesis sociológica constructiva: "Canaima" es una acusación contra los Gobiernos que consienten haya en Venezuela un dualismo divisor: civilización-barbarie. Es la misma cantinela que no se cansa de repetir Gallegos, aunque en escenarios diferentes.

4) Problemática de la novela:

Pronto creemos que Marcos Vargas será el redentor, el civilizador, el nuevo Santos Luzardo de la Guayana:

"La vida te ha dotado de condiciones quizá extraordinarias, y es menester que las emplees bien... no las malgastes en aventuras de finalidad mezquina y en afirmaciones de hombría sin trascendencia. Cuando la vida da facultades, y tú las posees, da junto con ellas responsabilidades. Este pueblo todo lo espera de un hombre... y tú, ¿por qué no?, puedes ser ese mesías."

Siempre el hombre debe enfrentarse alguna vez en la vida ante un dilema de vocación. A cada persona le llega el día en que tiene que decidirse y comprometer para siempre su destino. Ahora le toca a Marcos Vargas. Enfrente tiene la Guayana plétórica le riquezas y dinamismo, pero, como Lázaro, espera una voz o una mano que la encauce y ponga en marcha. Vargas tenía conciencia de poder transformarla:

"Una idea bullía en su cerebro... ¿Sería posible, se preguntaba, sacar algo fuerte de aquellos indios melancólicos? ¿Quedarán rescoldos avivables de la antigua rebeldía? ¿No sería él capaz de reunir bajo su mando todas aquellas comunidades dispersas... y emprender algo grande?"

La sangre latinoamericana de Marcos se desboca por sus venas; siente el calor sensual de la tierra, de esa tierra que "se alimenta de instinto". La vocación significa para él sujeción, constancia y racionalidad; el instinto, por el contrario, es símbolo de esa libertad que nos revuelca en los hechizos enigmáticos de la selva. Seguir la vocación implica lucha constante contra el medio ambiente, contra esa tierra caliente que nos sostiene; implica en último término la aceptación del "reto" que nos lanza Canaima, el dios del mal, y es terrible oír "el grito de horror del que cayó en la emboscada" de Canaima. Los racionalistas no pueden comprender el conflicto. No saben que la selva también tiene canto de sirena; ignoran que la selva es un templo de sabiduría fetichista con un secreto en cada hoja, un milagro en cada seto y un silencio que se pega en las penumbras del alma. Marcos Vargas pierde la jugada; le sedujo el canto salvaje de Canaima y desbarata sus fuerzas en un continuo hundimiento paulatino hasta sumergirse e identificarse con el corazón de la selva. De allí salió él, y allá ahora vuelve para dejar sus huesos: "Las cosas vuelven siempre al lugar de donde han salido", dirá Gallegos en "Doña Bárbara".

Marcos Vargas, derrotado, decide dejar correr su vida hacia abajo como las aguas del Caroní, impulsada por el instinto congénito de la stirpe: "aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta". Allá queda la Guayana "olvidada y cubierta de polvo" como el arpa de Bécquer.

Han triunfado las fuerzas del instinto sobre la vocación racional que marca el destino. Marcos Vargas pudo erigirse una estatua de arquetipo universal, pero derrumbó su personalidad en aventuras mezquinas. Unamuno comenta parafraseando la rima de Bécquer: "hay en cada uno de nosotros... rincones del alma, escondrijos y recovecos en la conciencia que yacen inactivos e inertes y acaso nos morimos sin que se nos

muestren a nosotros mismos... Llevamos todas ideas y sentimientos potenciales, que sólo pasarán de la potencia al acto si llega el que los despierte. Cada cual lleva en sí un Lázaro que sólo necesita de un Cristo que le resucite."

La Guayana ha sido siempre un Lázaro que lloró su desamparo con los alaridos de sus ríos y chorreras. En "Canaima" Rómulo hace que Cristo vaya al encuentro de Lázaro, pero Marcos Vargas pasa de largo con el resoplido del "hombre macho", y el pobre Lázaro no tuvo la mano que lo levantara. Aquí radica el conflicto de la novela. Marcos Vargas, por formación y por cualidades, pudo ser mesías, pero por dentro estaba vacío como una avellana hueca.

Me parece un acierto del autor haber hecho fracasar a Marcos Vargas. Un hombre así no merece la victoria. Vargas auscultó en los surcos de su vida su destino de héroe, pero no tuvo coraje para amarrar su "hombría" instintiva. Toda su actividad se redujo a fogosos estampidos de la "bestia" que llevamos dentro.

5) Marcos Vargas y Don Antonio de Berrío:

Resulta interesante parangonar a Marcos Vargas con Antonio de Berrío, el fundador y poblador de la Guayana en tiempo de la Conquista. Berrío se aferra a su destino con tenacidad de ancla; se siente llamado a descubrir El Dorado y fundar el Virreinato de Guayana. "Soñaba que sus soldaditos entrarían cantando en Manoa", y allí, junto a la "laguna" de aguas de oro, veía realizarse el signo de su vocación: poblar la Guayana de ciudades, civilizar los indios y convertirlos a la fe católica. Esta fue la Dulcinea de Don Antonio; por ella agotó su lote, sus energías, sus años y su bienestar. No se internó en la Guayana para ganar la baza de una escaramuza, ni los denarios de un golpe de "hombría". Quería civilizar e incluso dejar el cuerpo enterrado en aquella región.

Marcos Vargas es un "aventurero"; un sensacionalista nacido para lanzar fogonazos esporádicos, pero de ningún modo para terminar un trabajo concienzudo. Tiene muchos rasgos de un deportista popular, caprichoso y coquetón. Ama el riesgo para afirmar su hombría y se satisface pulsando el hierro de su personalidad ante la sinfonía delirante y el paisaje histérico de la selva guayanesa. Marcos Vargas no construye, es un ciclón que amedrenta; incluso su amor quemaba. ¿Supo alguna vez "adónde iba y a qué"? Siempre prefirió lanzarse a la aventura:

"Era posible que desde un punto de vista práctico Ládera tuviese razón; pero la aventura del caucho y del oro tenía otro aspecto, el de la aventura misma, que era algo más apasionante: el riesgo corrido, el temor superado y aquello mismo de ir y volver a tirar el dinero, con que el hombre desafiaba al destino...".

La conclusión es aleccionadora. El progreso y porvenir de una nación no se debe dejar sobre los hombros de un individuo aunque sea un héroe. La civilización es una obra de "grupos", de "masas". Vivimos en subdesarrollo porque nosotros, el "pueblo", nos hemos dejado embaucar siempre por los resoplidos proféticos de los Marcos Vargas. Un país marcha hacia el progreso cuando se ha establecido el equilibrio entre la responsabilidad del Gobierno y la del pueblo.

6) Profecía de "Canaima":

La novela se cierra con una profecía. Marcos Vargas desaparece víctima del rechazo de su destino; tenía que morir y sepultarse para que renaciera el verdadero civilizador.

"Un día se detiene en Tupuquén un viajero acompañado de un joven como de doce o catorce años. —¿Quién ese ese chico?, pregunta Ureña. —Pregúntaselo a él mismo, responde el viajero. —¿Cómo te llamas? El muchacho responde: —Marcos Vargas. Ureña lo mira a los ojos y ve brillar la inteligencia... Es un mestizo, bien templado el rasgo indio."

Aquí está la nueva y joven Venezuela. El Caroní y el Orinoco (el Rhin de Venezuela) arrastran en sus aguas ferruginosas el canto del progreso. El sueño quijotesco de Berrío se ha realizado. Los Marcos Vargas ya no tienen nada que hacer en la Guayana. La alegría de la joven Venezuela se desborda en los "saltos" de sus ríos y las poblaciones de Upata, Puerto Ordaz y Santo Tomé exclaman:

"Esto es."

La Guayana que soñó Berrío, la que profetizó Guzmilla y cultivaron los capuchinos; la Guayana que pertrechó a los ejércitos de Bolívar y Piar en la campaña de 1816; la que tuvo en sus manos Marcos Vargas como una moneda y echó su destino a cara o cruz con despreocupación; la Guayana de Rómulo Gallegos, ebria de posibilidades, se ha reintegrado a Venezuela. La Guayana, hoy, es un "camino" de progreso. Las turbinas que enhebran en cables la energía eléctrica imponente, capaz de mover países, auguran para Venezuela el porvenir que Cecilio Acosta presagia para América: "años en los que la industria y la agricultura serán prósperas, las artes florecientes, la educación popular, la libertad una realidad, los campos poblados, el comercio frecuente; se obedecerá la voz del derecho, y en los hogares reinará el gozo".

Sólo nos falta el programa que Mariano Picón Salas quiso sembrar en las generaciones maduras de 1941 y que parece cayó sobre tierra pedregosa:

"Formar pueblo, es decir, integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador, trocar la confusa multitud en unidad consciente, vencer la enorme distancia no sólo de leguas geográficas, sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar "comandos", es decir, hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro retraso, que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, es la tarea educativa más premiosa que reclama nuestro país."

Por su parte, el P. Ricardo Lombardi, en el discurso a la juventud de Caracas en 1952, se despedía así de ellos en una emotiva peroración:

"Que Dios os ayude y que vuestra Venezuela, que ciertamente tendrá una gran Historia, no tenga una historia solamente material. Que no se diga solamente: Venezuela es un gran país; produce petróleo, tanta gasolina, tanto hierro. No. Que se pueda decir: Es un país que entra en la nueva Historia."

Para realizar esta nueva Historia, la Guayana ha prestado sus espaldas fecundas.

Carmelo Vilda, S. J.